

ba, salió al campo y comenzó unas operaciones de guerra buenas y malas, como nunca las había usado, pegando fuego en todas partes á donde llegaba. » En seguida se desahogó con los prisioneros: « Los prisioneros fueron colgados, salvo algunos á quienes los guerreros, por piedad, dejaron escapar. A un gran número se les cortaron las manos. Me disgusta referir esta crueldad, pero yo estaba presente y no puedo pasarla en silencio » (1).

La humanidad se despertaba en las almas escogidas, pero las costumbres eran bárbaras todavía. Commines es más bien el hombre del porvenir que del presente. El cuadro de las costumbres copiado del natural debe buscarse en Froissart; bárbaras al principio del siglo xv, aún en las clases superiores; ¿ cómo se habían de haber humanizado súbitamente á fines de este mismo siglo? Este es el punto de vista en que hay que ponerse para apreciar con equidad el derecho de guerra al principio de la era moderna.

## SECCION II. — EL DERECHO DE GUERRA EN EL SIGLO XVI.

### § I. — Los hechos.

#### N.º 1. — *Barbarie.*

##### I.

Uno de nuestros mejores historiadores dice, hablando de las guerras del siglo xvi: « Se inclina uno naturalmente á pensar que los progresos de la civilizacion debian haber dulcificado las costumbres, y que los pueblos estarian expuestos á ménos sufrimientos en el siglo xvi que en los siglos xi y xii; un exámen atento hace ver lo contrario. La historia de los siglos verdaderamente bárbaros no presenta atrocidades semejantes á los castigos de la Guienna en tiempo de Enrique II. Entónces los Estados eran mu-

(1) *Memorias de COMMINES*, lib. II, c. 2 y 3.

cho más pequeños; los opresores, mucho más inmediatos á los oprimidos, los conocian mejor y experimentaban más simpatías hácia ellos; ademas veian con más claridad que, destruyendo á sus súbditos, se arruinaban á sí mismos, y eran demasiado débiles y demasiado pobres para soportar tan grandes pérdidas » (1). No harémos resaltar todas las ilusiones que hacen que esta comparacion entre la Edad Media y el siglo xvi sea precisamente lo contrario de la realidad. Los hechos hablan bastante alto. Si la Europa en la Edad Media estuvo dividida en una infinidad de pequeños Estados, lo único que de aquí resulta para los males de la guerra es que se diluyeron hasta lo infinito, puesto que las hostilidades eran permanentes en todos los puntos del territorio. Si las guerras fueron crueles en el siglo xvi, es porque las costumbres eran crueles. ¿ Y quién había producido las costumbres del siglo xvi? ¿ No eran el fruto de la Edad Media, que se empeñan en decir era más favorable á la humanidad que la era moderna? Si hay algun culpable es el feudalismo, no es el siglo xvi. Pudiera acusarse con justicia á la civilizacion, si el siglo xvi hubiera encontrado civilizada á la Europa; pero las costumbres eran bárbaras, y por consiguiente el derecho de guerra debia serlo tambien. Abundan las pruebas de la barbarie general al final de la Edad Media; no citarémos más que una sola, la justicia.

La justicia es una especie de guerra, y la guerra una especie de justicia. Una y otra empiezan por la barbarie y la crueldad; poco á poco va penetrando en ellas la humanidad. En el siglo xiv las ordenanzas compiten entre sí por lo atroz de las penas; á los monederos falsos se los cuece vivos; á las mujeres no casadas que ocultan su embarazo, se las presume culpables de infanticidio, y el juez, al condenarlas á muerte, tiene el poder arbitrario de añadir al suplicio la agravacion que tenga por conveniente. Para los crímenes políticos no había límite en los suplicios. La Guienna se insurreccionó en tiempo de Enrique II; los prisioneros fueron ejecutados en masa: unos fueron quemados, otros despedazados vivos, otros colgados á las cuerdas de las campanas que habían tocado; los jueces y los verdugos rivalizaban en invenciones para

(1) *SISMONDI, Compendio de la historia de los Franceses*, c. 12, secc. III.

prolongar los dolores y la agonía. ¿Se hará responsable de estos horrores á la civilización? Así lo ha hecho *Sismondi* (1), sin reflexionar que calumniaba á la civilización y favorecía á la barbarie. Recuérdense los procedimientos horribles contra los herejes y las brujas, las guerras de destrucción contra las sectas, y no se echará de ménos la Edad Media. No; la barbarie del siglo XVI es un legado de los tiempos feudales. Por esto en todas partes aparece la misma crueldad en la administración de justicia. En Alemania las mujeres eran enterradas vivas, después de haberles cortado los pechos; los hombres, desgarrados con garfios ardientes ó vergonzosamente mutilados, perecían en horribles torturas. En un reducido país que no contaba más de 100.000 habitantes, hubo en un espacio de veintiocho años 1.441 personas torturadas, 474 condenadas á muerte é innumerables mutilaciones. Un pequeño duque hizo quemar tantas brujas, que la masa de las estacas semejaba un bosque. Los jueces se complacían en los tormentos como en el ejercicio de un arte; en las actas judiciales se leen chistes horribles sobre los desgraciados á quienes mataban en sus lentos suplicios (2).

La civilización moderna ha hecho desaparecer la crueldad del santuario de la justicia: no es, pues, la civilización la culpable. Si buscamos las causas de la barbarie general que reinaba en el siglo XVI, encontraremos que la religión, que pasa como el elemento principal de la civilización europea, daba diariamente lecciones de crueldad. Añadamos, sin embargo, que era la religión tal cual la comprendía el genio feroz de los teólogos. La espantosa concepción del infierno ¿no convertía en verdugo á un Dios de caridad? Los reformadores exageraron más que el catolicismo. Los católicos, á pesar de su avidez de suplicios, tenían al ménos un purgatorio, en donde el verdugo concedía perdón; el Dios de los protestantes no conoce más que los tormentos eternos. ¡Singular contradicción del espíritu humano! ¡Es incapaz de concebir la eternidad, y quiere que haya penas eternas!

¿Cómo habían de humanizarse las costumbres, cuando las creen-

(1) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. XI, p. 87.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 127 y sig.

cias eran bárbaras? Y mientras las costumbres fuesen bárbaras, las guerras tenían que serlo, porque, aún en medio de nuestra civilización, que se distingue por su humanidad, el espectáculo continuo de la sangre acaba por embotar la compasión. Hemos dicho que el poder real contribuyó á introducir el maquiavelismo en la diplomacia; el orgullo real hizo también más crueles las guerras. Luis XII tomó por asalto la plaza fuerte de Peschiera; la guarnición fué «pasada á cuchillo», y el gobernador, noble veneciano, fué colgado de las almenas con su hijo, por haber dado «una mala respuesta» á la propuesta de rendición que se les hizo. El rey únicamente era culpable de aquella ejecución, porque los cortesanos que le rodeaban pidieron el perdón de los prisioneros; el biógrafo del caballero Bayardo dice que la crueldad de Luis XII admiró y afligió al ejército. Sin embargo, el rey de Francia tenía reputación de bondad y de dulzura; ¿por qué, pues, se mostraba más cruel que los soldados? «En el fondo de su cólera había un orgullo insensato», responde un historiador francés; era un crimen resistir frente á frente al gran rey» (1). Los ejércitos acabaron por participar de las preocupaciones de sus jefes; en la expedición á Italia de Francisco I, el mariscal Montmorency, después de haber tomado una torre que protegía un puente del Tesino, hizo colgar á los prisioneros, porque habían osado defender «semejante gallinero contra un ejército francés.» Esta barbarie quedó admitida como derecho, porque era la práctica habitual. *De Thou*, hablando del saqueo de Bovines, añade, «que una parte de los habitantes, habiendo sido hechos prisioneros por el duque de Nevers, fueron colgados, según las leyes de la guerra, por haber querido temerariamente arrostrar el fuego del cañón» (2). Este es el derecho de guerra del Oriente: siendo el déspota la imagen de Dios, los que se atreven á resistirle son criminales y merecen la muerte. Aquella crueldad encerraba además un cálculo: los reyes querían aterrorizar á las poblaciones y facilitar la conquista. ¡Cálculo impolítico como el que más! El temor de una muerte ignominiosa abrió á los Franceses las puertas de algunas fortalezas, pero más

(1) MARTIN, *Historia de Francia*, t. VII, p. 376.

(2) DE THOU, *Historia universal*, lib. XIII.

tarde les hizo perder la Italia, porque el odio fué más profundo que el terror (1).

Hay otra causa de la barbárie de las guerras que data de la Edad Media. Las hostilidades bajo el régimen feudal eran universales, en el sentido de que todo habitante era enemigo y tratado como tal; deberíamos decir que hasta la naturaleza era considerada como enemiga. Esto mismo sucedía todavía en el siglo XVI. Se lee en las declaraciones de guerra de Francisco I contra Carlos V: «Hacemos saber que hemos declarado á dicho emperador, á sus adherentes y afectos á su partido, así como á los súbditos de sus países patrimoniales, enemigos de nos y de nuestros reinos, señorios y súbditos; y al hacerlo, permitimos y damos licencia á todos nuestros súbditos para hacer uso de armas contra los susodichos en guerra por mar y por tierra» (2). De suerte que los súbditos de las partes beligerantes se convertían en enemigos; entraban en juego sus intereses y sus pasiones; interrumpíanse todo comercio y todas las relaciones pacíficas; hubiérase dicho que era un duelo á muerte. A medida que se formaron los grandes Estados, fueron agrandándose aquellas mezquinas ideas; la guerra no fué ya una lucha de individuo á individuo, sino de sociedad á sociedad; de aquí resultó que la inmensa masa de los habitantes quedaron al abrigo de los males de la guerra. Tal fué la benéfica influencia de la civilización.

La sangre derramada en las batallas, por sangrientas que sean, no es la pérdida más considerable que resulta de la guerra; la desgracia más grande es la destrucción, sin provecho alguno, que en otros tiempos acompañaba á las guerras entre vecinos. Al principio de la era moderna este mal existía todavía. Dependía de la organización de los ejércitos. Los mercenarios no datan del siglo XVI, los encontramos en la Edad Media, desde que las luchas feudales se convirtieron en verdaderas guerras. Conocidos son los destrozos de las famosas compañías que desolaron la Francia en los siglos XIV y XV. Los mercenarios fueron una necesidad, mientras no hubo

(1) JOVEUS, *Histor.*, lib. II (t. I, p. 30): «Cujus inhumani facinoris fama pervagata totam Italiam sicuti maximo terrore omnibus fuit, ita Gallorum genti incredibile odium excitavit.»

(2) *Papeles de Estado de GRANVELLE*, t. II, p. 630.

medios regulares de reclutar la gente. Es inútil insistir sobre el carácter bárbaro de las tropas de alquiler; puede decirse que la barbárie es de su esencia, á juzgar por las guerras del siglo XVI. Cuando se tomaba por fuerza una ciudad, aun cuando se rindiese á discrecion, la violacion y el saqueo eran de derecho; con mucha frecuencia se incendiaba la ciudad y se daba muerte á hombres, mujeres y niños. Las campiñas eran materialmente destruidas; arrasábanse las aldeas, se segaban las mieses y se degollaba el ganado, y el país quedaba convertido en un desierto. No siempre eran respetadas las iglesias; en 1552 los soldados católicos de Carlos V pusieron fuego á los templos, y cometieron en ellos, segun dice un testigo ocular, «excesos más enormes que cometieron los Turcos y los infieles.» A veces se mataba tambien á los prisioneros (1).

## II.

Nos vemos precisados, para desempeñar nuestro cometido, á entrar en algunos detalles sobre el horrible derecho de guerra del siglo XVI, pero podemos ser breves; basta con abrir cualquier cronista para encontrarse rodeado de sangre y de ruinas. Los Italianos llamaron bárbaros á sus vencedores, y con razon; merecian este calificativo. El ejército del buen rey Luis XII ahogó en las grutas de Masano seis mil refugiados, hombres, mujeres y niños, para repartirse sus despojos. El duque de Nemours entregó la ciudad de Brescia á una matanza universal: Fleurange, uno de sus capitanes, dice que los Franceses mataron allí 40.000 habitantes sin defensa. Los Suizos principalmente mostraron una avidez insaciable; sus crueldades hicieron proverbial *la barbárie tedesca*; la carnicería era para ellos un placer que los embriagaba; se los vió matar enfermos en los hospitales (2). Los Italianos á su vez cometieron actos de salvajes. En Parma devoraron el corazón de sus prisioneros: les abrieron el vientre, estando aun vivos, y dieron á comer allí la avena á sus caballos (3).

(1) FRANCISCO DE RABUTIN, *Comentarios*, en PETITOT, t. XXXI, p. 44.

(2) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. IX, p. 153.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, en PETITOT, t. XVII, p. 373.

La toma de Roma por un ejército cristiano, y en gran parte católico, deja ver en todo su horror las viles pasiones que provoca el oficio de la guerra. El saqueo de Roma ha sido comparado con la invasión de los Bárbaros, y un historiador alemán confiesa con tristeza que no conoce en la historia ejemplo de excesos más atroces (1). No debe extrañarse el saqueo de una ciudad por hordas mercenarias, que tenían más de fieras que de hombres; pero la toma de Roma presentó una particularidad, y es que el saqueo y los crímenes que lo acompañan duraron meses enteros; el saqueo se repetía todos los días, animando á los vencedores, no tanto la crueldad, como la codicia llevada hasta el furor; no se oían más que los gritos de los desgraciados á quienes hacían perecer en los tormentos para obligarles á decir dónde habían escondido su dinero. Hay una lección moral en aquellas escenas de devastación y carnicería. El historiador lamenta los excesos de los verdugos; pero apenas puede compadecer á las víctimas. ¡Roma tenía 30.000 hombres capaces de manejar las armas, y el papa no encontró más que 500 soldados para defender la capital del mundo cristiano! «Hubo pocos muertos, dice un historiador italiano, pues generalmente no se mata á los que no se defienden; pero el saqueo que tuvo lugar es incalculable» (2). Las riquezas de la cristiandad habían afluido á Roma durante siglos; si los Romanos no querían combatir por sí mismos, ¿por qué no hicieron el sacrificio de una pequeña parte de lo que les sobraba para buscar mercenarios? El papa no consiguió ni aún el dinero que les pidió; las indulgencias que les prometió no fueron más eficaces; los súbditos del soberano pontífice prefirieron sus escudos al cielo (3). Pero ¿por qué censurar á los súbditos, cuando el verdadero culpable es el detestable gobierno de los papas? Los Romanos no se defendieron, porque no les quedaba otra cosa que defender más que su dinero. Algunos años más tarde, Florencia combatió con heroísmo contra el emperador unido con el papa: es que combatía por la libertad.

(1) BARTHOLD, *Georg von Frundsberg*, p. 453.

(2) VETTORI, en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 109, nota.

(3) BARTHOLD, *Georg von Frundsberg*, p. 430.

N.º 2.—*Humanidad.*

I.

En medio de la barbarie de la Edad Media hemos encontrado gérmenes de humanidad en los sentimientos de la raza germánica y en las creencias cristianas. Si la caballería no fué el ideal que los poetas han cantado, profesaba al ménos la lealtad y la generosidad, y aún á veces practicaba estas virtudes, aunque dentro de reducidos límites. ¿Se habrían perdido súbitamente estos gérmenes con los primeros pasos de la civilización moderna? Esto sería inexplicable, mejor dicho, imposible. Si las costumbres bárbaras de los tiempos feudales se transmitieron al siglo XVI, también debieron transmitirse, y aún desarrollarse en virtud de la ley del progreso, los instintos de humanidad que aquella edad encerraba. En vano se niega la perfectibilidad de los sentimientos morales, pues resplandece en los hechos, cuando se los considera sin la preocupación que inclina á ensalzar un pasado imaginario, á costa de un presente cuyos males se exageran. La guerra fué atroz en el siglo XVI, lo confesamos; pero la conciencia general reprobaba aquellas atrocidades, porque se llamaba *mala guerra* á la que se hacía á todo trance y sin cuartel; y no se consideraba como legítima la *mala guerra* más que cuando tenía lugar á título de represalias (1). A esta guerra sin piedad y sin misericordia se contraponía la *buena guerra*, en la que los prisioneros podían rescatarse, ó bien se les devolvía desde luego la libertad.

Hé aquí una cosa nueva y un progreso inmenso. En la Edad Media, lo mejor del feudalismo, la caballería, no reprobaba el derecho que practicaba respecto de los vencidos, cuando éstos eran villanos. En el siglo XVI los mismos que practicaban el derecho atroz del vencedor, lo condenaban; ahora bien: un derecho que se condena no es un derecho, y pronto caerá en desuso. Las represalias parecían legitimar todos los horrores de la guerra, pero el

(1) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XVII, p. 445.

instinto de lo justo, que es indestructible, rechazaba aquel derecho bárbaro; la *buena guerra* triunfó muchas veces en medio del conflicto sangriento de las pasiones. Después de la batalla de Pavía, los Suizos pidieron cuartel á los lansquenetes; muchos, no esperando misericordia de aquellos á quienes nunca habian perdonado, habian buscado su salvacion, ó mejor dicho, su muerte en el Tesino. Los que apelaron á la humanidad de los lansquenetes encontraron sentimientos de piedad que apenas tenían derecho á esperar. Los Alemanes dijeron que esperaban que los Suizos conservarían recuerdo de la conmiseracion que encontraban en sus vencedores, y que serían á su vez humanos con los vencidos (1).

Ya en la edad Media, los prisioneros importantes eran rescatados; el interes y la humanidad estaban acordes para salvar la vida. Este uso subsistía aún en el siglo XVI. *Martin de Bellay*, el excelente cronista, cuenta que él mismo, habiendo sido hecho prisionero, fué valuado en tres mil escudos y enviado bajo su palabra, con obligacion de estar de retorno á los diez dias ó de enviar los tres mil escudos; un gentilhombre del emperador, criado en Francia en otro tiempo, salió fiador (2). El uso de los rescates se prestaba á algunos abusos; más de un soldado siguió el ejemplo de Carlos V, el cual no se mostró muy generoso como vencedor de Francisco I. Felipe II redujo la cantidad que pidió un Español al señor de Maintenon, hecho prisionero en la batalla de San Quintín. El vencido quedaba á discrecion del vencedor hasta haberle satisfecho, y los rudos guerreros del siglo XVI no eran fáciles de contentar. Un comerciante de Amberes se quejó á Felipe II de que, habiendo sido hecho prisionero por un frances, estuvo detenido cerca de dos años más criminalmente que un criminal (3).

¿Cuál era la suerte de los cautivos de quienes no podia esperarse ningun rescate? El vencedor podia disponer de ellos á su antojo, y no siempre los trataba con humanidad. Carlos V echó en cara á Francisco I el emplear á los Españoles en las galeras como

(1) *Crónica suiza*, en BARTHOLD, *Georg von Frundsberg*, p. 337.  
 (2) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XIX, p. 236.  
 (3) *Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, p. 67, 132.

esclavos (1). En 1552, el mariscal Vieilleville vió á sus soldados jugar los prisioneros á los dados, lo mismo que los caballos, porque eran de países desconocidos, y no tenían esperanzas de sacar de ellos un ochavo. «Vieilleville se irritó mucho, y les amenazó de muerte si lo volvían á hacer, diciendo que era una inhumanidad el portarse unos cristianos como si fueran Turcos; puso en libertad á todos los prisioneros sin que pagasen nada, y despidió de sus huestes á aquellos bárbaros jugadores» (2). Generalmente la mayor parte de los cautivos eran puestos en libertad. Después de la batalla de Pavía, el duque de Borbon mandó que los prisioneros que no tuvieran medio de pagar su rescate se retirasen á Francia. «Yo fuí uno de ellos, dice *Montluc*, porque no tenía grandes haciendas. El duque no nos dió víveres ni recurso alguno, de suerte que no comimos más que nabos y tronchos de coles que asábamos sobre las ascuas» (3). Los tratados estipulaban generalmente la libertad sin rescate de los pobres prisioneros; pero no siempre se llevaban á debido cumplimiento. Un Español se quejó al rey de Francia «de que habiendo sido hecho prisionero por unos soldados franceses, éstos lo dieron á un gentilhombre de Reims, que lo habia conservado como prisionero bien miserablemente y en gran pobreza y miseria.» En la paz de Chateau-Cambresis se convino «que todos los mercenarios de infantería de una y otra parte serían devueltos sin tener en cuenta su número y sin obligacion de pagar sus gastos» (4).

El derecho de guerra iba inclinándose al de los tiempos modernos; pero todavía existía la lucha entre la barbarie y la humanidad. El interes personal del vencedor era un obstáculo para la generosidad. Es un resabio de la Edad Media que la civilizacion hará desaparecer. La guerra, mientras tuvo lugar entre señores, era completamente individual; cada soldado la hacía en cierto modo por su cuenta, y sacaba partido de su victoria; de aquí los rescates. En su origen los rescates fueron un beneficio, porque movían á misericordia á los combatientes; eran como una escue-

(1) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XVIII, p. 385.  
 (2) *Memorias de VIEILLEVILLE*, en PETITOT, t. XXVII, p. 83.  
 (3) *Memorias de MONTLUC*, en PETITOT, t. XX, p. 359.  
 (4) *Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, p. 136, 250.

la de humanidad. Sin embargo, la escuela no estaba exenta de defectos; no la inspira la verdadera humanidad, sino el interés. La codicia es mala consejera; pudo verse en el siglo XVI. El abuso nacía del carácter individual de las guerras; desapareció cuando la guerra se convirtió en un negocio de Estado.

Otro exceso había, debido á la barbarie de la Edad Media, la devastación de los campos; generalmente tenía lugar sin provecho alguno para las partes beligerantes, nada más que por afán de hacer daño al prójimo. Los mercenarios del siglo XVI saqueaban y devastaban lo mismo que los guerreros feudales. Sin embargo, los sentimientos de humanidad y de justicia empezaban á luchar contra la barbarie. Hacia el año 1552 hubo una negociación de las más interesantes entre el mariscal de Brissac y los Españoles. El general francés opinaba que la tala de los campos era «contraria al deber de humanidad que debía practicarse respecto de los labradores, los cuales no debían salir perjudicados por las contiendas de los príncipes.» Brissac invocó los recuerdos de la antigüedad, tan poderosos después del Renacimiento; pero para encontrar ejemplos de humanidad entre los antiguos, tuvo que recurrir á una novela: «El gran rey Ciro, dijo, mandó que durante la guerra hubiese paz por ambas partes para los labradores. El soldado que llega á la casa del campesino debe contentarse con comer y beber en ella; todo lo que sea excederse de esto se asemeja más á la avaricia y crueldad de los bandidos que á la honradez y el valor que deben acompañar á los soldados bien disciplinados.» Para corregir los excesos que pudieran presentarse, Brissac propuso acordar algunas capitulaciones que dieran seguridad al pobre pueblo. El general español, aunque protestando que tenía á los labradores la misma consideración que el mariscal, hizo algunas objeciones: «No se había visto que se hiciese nunca una capitulación como aquella; esto le parecía difícil, casi imposible, en razón de la diversidad de acontecimientos de la guerra, que están sujetos á tantos cambios que sería impropia tarea el dictar reglas para ellos.» El mariscal insistió y acabó por conseguir un tratado «para la seguridad del labrador de los campos; se convino en que no se haría guerra á los campesinos sino cuando se los encontrase llevando víveres á las fortalezas; que el soldado no podía tomar

en casa del campesino más que una comida de lo que hubiere en ella, sin obligarle á ir á buscarla en otra parte» (1).

## II.

La buena guerra luchaba contra la mala guerra, y acabó por vencer; pero el progreso se realizaba lentamente. Hoy la compasión hacia los vencidos parece tan natural, que no se elogia al vencedor por ella. En el siglo XVI el acto más sencillo de humanidad pasaba por un acto de heroísmo. Carlos V emprendió el sitio de Metz en mala estación; el campo español estaba lleno de enfermos, cuando el duque de Alba se vió obligado á retirarse. Escuchemos á un testigo ocular: «Nos detuvimos en la ciudad hasta el lunes, con muy grande alegría, que hubiera sido mayor sin las grandes miserias que vimos en el campamento del duque de Alba, que eran tan espantosas que no había corazón que no estallase de dolor. Porque encontrábamos soldados en grandes grupos, de diversas naciones, mortalmente enfermos y tendidos en el fango; otros sentados en grandes piedras, con las piernas metidas en el fango, helados hasta las rodillas, sin poder reanimarlas, pidiendo misericordia y que acabasen de matarlos. En cuya ocasión M. de Guisa practicó gran caridad, porque hizo llevar más de sesenta al hospital para tratar de curarlos, y á su ejemplo los príncipes y señores hicieron otro tanto, en términos que sacaron más de trescientos de aquella horrible miseria; pero á la mayor parte hubo que cortarles las piernas, porque estaban muertas y heladas» (2). De suerte que el vencedor salvó algunos centenares de enfermos en lugar de acabar de matarlos. Veamos cómo apreciaba un contemporáneo este deber de humanidad: *Con lo cual M. de Guisa enalteció su nombre, ya muy grande por otras muchas laudables acciones, añadiendo esta humanidad, que hará su memoria inmortal* (3). ¡Hé aquí un héroe declarado inmortal por haber he-

(1) *Memorias de DUVILLARS*, en PETITOT, t. XXIX, p. 1-3, 139.

(2) *Memorias de VIEILLEVILLE*, en PETITOT, t. XXX, p. 233.

(3) DE SALIGNAC, *El sitio de Metz*, en PETITOT, t. XXXII, p. 389.

cho cuidar á los enfermos! Compárense los sentimientos de nuestro siglo con los del siglo XVI, y dígase si no hay progreso en el orden moral lo mismo que en el orden material. La humanidad de los Franceses despues del sitio de Metz fué muy celebrada: «En el sitio de Therouanne, los Franceses estaban á punto de ser hechos pedazos, como lo permite la guerra, cuando les ocurrió gritar: ¡Buena guerra, camaradas! ¡Acordaos de la cortesía de Metz! De repente los españoles corteses, que formaban en primera fila en el asalto, perdonaron á los soldados, señores y gentileshombres, sin hacerles daño alguno, y admitieron á rescate á todos» (1).

Hay hombres en los cuales se encarnan, por decirlo así, los más nobles instintos de la humanidad; tal era en el siglo XVI Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha. En una obra sobre la caballería, un escritor frances lo compara con Sócrates (2). Pudiera creerse que esto es ensalzar demasiado al buen caballero. Pero para apreciarlo no se debe olvidar el medio en que vivió y recordar los excesos de las tropas francesas en las guerras de Italia. Bayardo brilla entre aquellos hombres, ebrios de botín y de sangre, por todas esas virtudes que de ordinario no se encuentran más que en los romances, la lealtad, la cortesía, el desinterés, la magnanimidad: «Nunca pensé, dice, en hacerme hombre de guerra para enriquecerme y morir rico; porque es muy difícil en la ley cristiana profesar las armas y morir rico; no es poco vivir segun la ley de Dios y tener lo necesario» (3). Era un alma tan recta y tan cándida que no comprendía siquiera la traición; escuchemos al biógrafo del buen caballero. Para vengarse de los Franceses, quiso el Papa separar de ellos al duque de Ferrara, su aliado; esta traición hubiera puesto al ejército frances á discreción del Soberano Pontífice. El mensajero que envió al duque era digno de aquella misión; se dejó ganar por aquel á quien debía «convertir», y se comprometió á envenenar á su señor. El duque de Ferrara anunció esta buena noticia á Bayardo, asegurándole que dentro de ocho días,

(1) BRANTÔME, *Hombres ilustres*, Guisa el Grande.

(2) DELECLUZE, *Rolando ó la Caballería*, t. I, p. 297.

(3) Hechos del caballero Bayardo, por CHAMPIER, en los *Archivos curiosos*, t. II, p. 135.

á más tardar, el Papa habria dejado de existir. El buen caballero, incapaz de pensar en tales proyectos, respondió: «¿Cómo es esto, monseñor, habeis hablado con Dios? — No os importa el modo, dijo el duque, pero ello sucederá.» Por fin confesó su proyecto, á cuyas palabras el buen caballero se santiguó más de diez veces, y mirando al duque le dijo: «Monseñor, no creeré nunca que tan gentil príncipe como sois, consienta en tan gran traición; y si lo supiera, en verdad os juro por mi alma que ántes que fuera de noche advertiria al Papa. — ¿Pues cómo, dice el duque, ha querido él hacer otro tanto con vos y conmigo? — Eso no me importa, dijo el buen caballero; hacerle morir de tal manera, no lo consentiré nunca.» El duque se encogió de hombros, y escupiendo al suelo, dijo estas palabras: «Vive Dios, monseñor de Bayardo, que yo quisiera poder matar á todos mis enemigos de esta manera; pero puesto que no lo aprobais, quédense las cosas como están, de lo cual, si Dios no lo remedia, vos y yo nos arrepentiremos. — Harémos la voluntad de Dios, dijo el buen caballero» (1).

La conducta de Bayardo despues de la toma de Brescia es bien conocida; pero es un deber para nosotros, que buscamos rastros de humanidad en medio de los horrores de la guerra, consignar este rasgo del buen caballero. Herido en el asalto, fué trasportado á una casa, cuyo dueño habia huido dejando su mujer y sus dos hijas á merced del vencedor. La madre se arrojó á los piés del caballero, y le dijo: «Noble señor, yo os presento esta casa y todo lo que contiene, porque sé bien que es vuestra por derecho de guerra; pero dignaos salvarme el honor y la vida, así como á mis dos hijas que están á punto de casarse.» El buen caballero, que no concibió nunca un mal pensamiento, le respondió: «Señora, no sé si podré escapar de la herida que he recibido; pero mientras yo viva, ni á vos ni á vuestras hijas se hará daño alguno.» Bayardo se curó y se dispuso á marcharse. La señora, á quien podía exigir 12.000 ducados, sabiendo que no habia de usar de su derecho, le ofreció una cajita llena de ducados, rogándole se dig-

(1) *Historia del buen caballero sin miedo y sin tacha*, en PETITOT, t. XV, página 361-366.

nase aceptar aquel presente. El gentil caballero, que nunca en toda su vida hizo caso del dinero, se echó á reir y dijo: «Señora, ¿cuántos ducados hay en esta caja?» La pobre mujer, temiendo que se incomodara porque eran pocos, le dijo: «Monseñor, no hay más que 2.500 ducados; pero si quereis más, los buscaremos.» Entónces él dijo: «A fé mia, señora, que aún cuando me dierais 100.000 escudos no me hariais tanto bien como me habeis hecho con la buena acogida que he tenido en esta casa y la asistencia que me habeis dispensado, y os ofrezco que en cualquier parte en que me encuentre, miéntras Dios me conserve la vida, tendréis un gentilhombre á vuestras órdenes. Vuestros ducados no los acepto; os doy las gracias, conservadlos; toda mi vida he preferido las gentes á los escudos, y no creais que me despediria más contento de vos si esta ciudad fuese vuestra y me la hubieseis dado.» Habiendo insistido la señora, el buen caballero aceptó. «Bueno, dijo, acepto por complaceros, pero llamad á vuestras dos hijas, porque quiero decirles adios.» Habiendo llegado se arrojaron á sus piés; pero las levantó en el acto, y luégo la mayor le dijo: «Monseñor, estas dos pobres doncellas, á quienes habeis hecho el honor de defender de toda injuria, vienen á despedirse de vos, dando con toda humildad gracias á Vuestra Señoría por el favor que han recibido, por el cual, ya que otra cosa no pueden hacer, rogarán á Dios por vos toda su vida.» El buen caballero, conmovido al ver tanta dulzura y humildad en aquellas dos bellas jóvenes, respondió: «Señoritas, estais haciendo lo que yo debia hacer, que es daros las gracias por la buena compañía que me habeis hecho, á la que estoy muy reconocido. Ya sabeis que la gente de guerra no lleva consigo bellas joyas que ofrecer á las damas; por mi parte, siento no hallarme bien provisto para haceros un presente como debia. Vuestra señora madre me ha dado 2.500 ducados; y os doy 1.000 á cada una para vuestro casamiento.» Esto diciendo, les puso sus ducados en sus delantales venciendo su resistencia, y despues, dirigiéndose á la madre, añadió: «Señora, me reservo estos 500 ducados para repartirlos entre las pobres religiosas que hayan sido saqueadas, y os doy este encargo porque sabréis mejor que otro cualquiera averiguar dónde está la verdadera necesidad, y con esto me despido de vos.» A lo que respondió la dama:

«Flor de la caballería, con quien nadie puede compararse, el bendito Salvador y Redentor Jesucristo os recompense en este mundo y en el otro» (1).

Bayardo era la *flor de la caballería*. Esta es su gloria, pero es tambien la gloria de la civilizacion que procede de los Germanos y del cristianismo. Hágase nacer al buen caballero en los mejores tiempos de Grecia ó de Roma, y se hace imposible la delicadeza de sentimientos que le distingue. Los espíritus más elevados, las almas más bellas conservan siempre algo del suelo que las vió nacer, de la sociedad en medio de la cual han vivido. Encuéntranse en ellos las virtudes dominantes, pero idealizadas en cierto modo. El buen caballero vale más que su siglo, pero es á la vez una fortuna para el siglo XVI el contar entre sus hijos *al caballero sin miedo y sin tacha*.

## § II.—Tendencias pacíficas.

### N.º 1.—*Los humanistas.*

Pasamos de la esfera de los hechos á la de la doctrina. No son, como generalmente se cree, dos mundos aparte que nada tienen de comun; de un lado la realidad, de otro la imaginacion. La teoría no se separa nunca de los hechos hasta el punto de no tener arraigo ninguno en el suelo y de quedarse completamente en el aire. Esto no sucede, porque es imposible; el espíritu más aventurero busca su alimento intelectual en el medio en que Dios lo ha colocado: aún cuando el utopista quiere imaginar una sociedad perfecta, sucede que no hace más que idealizar sentimientos é ideas que se hallan en gérmen en la humanidad. Al entrar en la esfera de los pensadores y de los poetas, no salimos del siglo XVI; pero nos encontramos en una atmósfera más pura, como el viajero que despues de haber llegado á lo alto de una montaña, ve á sus piés las nubes y las exhalaciones de la llanura que ha abando-

(1) *Historia del buen caballero*, en PETITOT, t. XVI, p. 9-21.